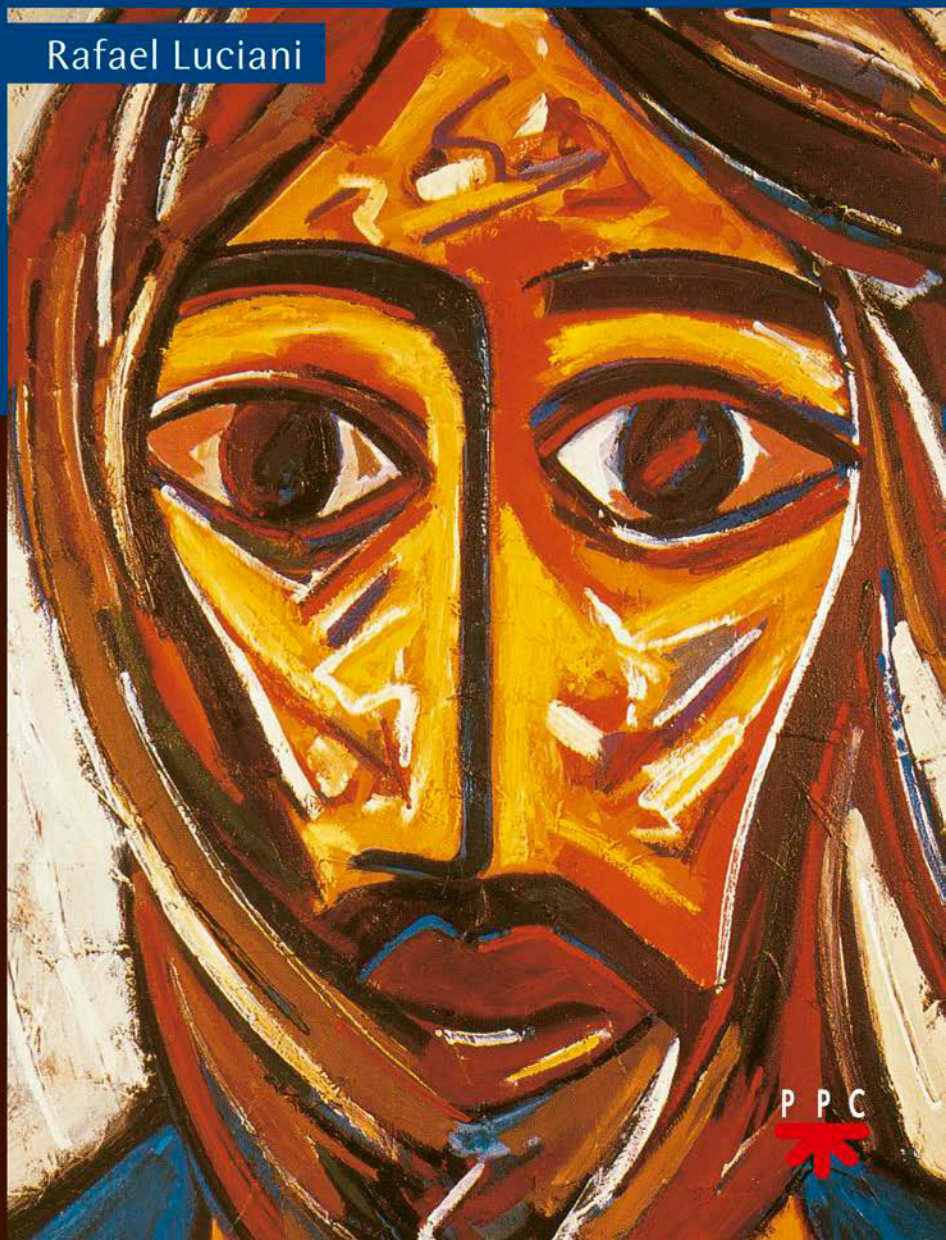


PASTORAL

# Al estilo de Jesús

Una propuesta para tiempos de crisis

Rafael Luciani



PPC  


# AL ESTILO DE JESÚS

Una propuesta  
para tiempos de crisis

Rafael Luciani



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2015, Rafael Luciani  
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
ppccedit@ppc-editorial.com  
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2828-4

Depósito legal: M-3.524-2015

Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*

# ÍNDICE

1. DISCERNIR NUESTRA HUMANIDAD COMO LO HIZO	
JESÚS DE NAZARET .....	7
1. Regresar a la praxis fraterna de Jesús .....	7
2. Humanizar la vida, fraternizar las relaciones	10
3. La compasión que nace de la fraternidad ...	12
2. SER HONESTOS CON LA REALIDAD .....	17
1. El peso de la realidad .....	17
2. Cambiar para dar vida .....	21
3. La compasión antes que el arrepentimiento	24
4. Aligerar el peso del vivir .....	28
3. UN PODER PARA SERVIR Y LIBERAR .....	34
1. El acompañamiento aligera la carga .....	34
2. Del reino del César al Reino de Dios .....	36
3. Un estilo de vida a la altura de los tiempos	39
4. Una humanidad mesiánica .....	43
5. ¿Autoritarismo o servicio? .....	47
4. ¿RELIGIÓN O RELIGACIÓN? .....	51
1. Del sacrificio cultural a la compasión fraterna	51
2. Las palabras que usamos .....	57
3. No hay espiritualidad sin fraternidad .....	61
4. Construir proyectos trascendentes .....	64
5. JESÚS ANTE LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD .....	68
1. Constructores de la paz y defensores de las víctimas .....	68
2. Nuevas tentaciones: la violencia y el odio .	72

3. Nuevas tentaciones: la mentira y la corrupción .....	76
4. Nuevas tentaciones: el poder del dinero ..	79
6. APOSTAR POR UNA SOCIEDAD MÁS HUMANA .....	84
1. Nuestras relaciones a la luz del reinado de Dios .....	85
2. Discernir nuestra humanidad para humanizarla .....	88
3. Vivir con el mismo espíritu de Jesús .....	92
4. El camino de la reconciliación social .....	94
5. Salir de la propia familia en busca de una mayor .....	88
CONCLUSIÓN ABIERTA. DE LA INDOLENCIA A LA ESPERANZA	101

*Quien vive de la compasión  
no está lejos del Reino de Dios,  
aunque esté lejos de la Iglesia...*



## DISCERNIR NUESTRA HUMANIDAD COMO LO HIZO JESÚS DE NAZARET

### 1. Regresar a la praxis fraterna de Jesús

Los cristianos creemos que la práctica histórica de Jesús es el criterio de discernimiento para comprender nuestra relación con la política, la economía y la religión, así como las relaciones cotidianas familiares y laborales en las que nos desenvolvemos. De ese modo aprendemos que la vida de cada persona es sagrada y que todo vínculo debe buscar la humanización en el marco de una libertad corresponsable que nos haga sujetos y no objetos o súbditos de alguien.

Cuando olvidamos o desconocemos la práctica histórica de Jesús aparecen varias tentaciones. Por una parte, pensar que el cristianismo es apolítico y asocial, es decir, que se vive en el marco de una fe sin relación con los procesos de humanización en los distintos ámbitos de la sociedad, desde la economía pasando por la política y hasta la misma religión. En este sentido son muchos los que limitan su fe a una experiencia ensimismada que gira en torno al rezo de devociones y a la participación asidua al culto, separando así de la fe el discernimiento en las decisiones familiares y sociales que se toman día a día. Por otra parte, hay quienes creen en un cristianismo politizado, identificado con sistemas de gobierno e ideologías o con formas culturales determinadas que se proponen como la presencia del Reino de Dios en este mundo. Así se incurre en el error de caer en un cristianismo cultural que abandona sus dimensiones



profética y mística, perdiendo el valor de su trascendencia en medio de la sociedad.

En buena parte, esta forma de entender la fe como algo ajeno a la cotidianidad humana y a nuestros propios procesos de desarrollo personal tiene que ver con una crisis en el cristianismo, en la manera de transmitir sus contenidos, cada vez más a través de palabras vacías, sin implicaciones para el modo en que nos hacemos *humanos*. Se nos enseñó a vivir una sana doctrina cristiana, centrada en la práctica del «credo, mandamientos, oraciones y sacramentos», y alimentada solo por la escucha de los «sermones» dominicales. Esto ha dado lugar a un estilo devocional ensimismado, muy distante y olvidadizo, que ha desplazado la centralidad de la praxis fraterna de Jesús como aquello que da sentido al cristianismo y su inclusión en lo social.

Debemos regresar a Jesús de Nazaret, leer los evangelios, preguntarnos si nos relacionamos personalmente con él o, por el contrario, si apenas nos limitamos a practicar la formalidad del culto. Al meditarlo, recordaremos que Jesús se dio a todos por igual, que nunca antepuso la condición social, política o moral de alguien para acogerle y amarle. Es tiempo de discernir cómo estamos viviendo, qué entendemos por cristianismo, cuál es nuestra vinculación con los problemas que padecemos. Es hora de asumir responsabilidades y proponernos cambiar, comportarnos como personas que procuran devolver la esperanza anhelada a tantos que no la encuentran, intentar con toda nuestra voluntad ser «buenos».

Es posible que estemos viviendo un estilo de catolicismo que ha olvidado su centro y fundamento: la puesta en práctica del Reino predicado por Jesús a partir de una vida que se inspira en la compasión fraterna y el servicio solidario. Regresar a Jesús significa que el criterio central de todo nuestro discernimiento ha de ser siempre su humanidad. Hemos de fijar nuestras miradas en su estilo de vida, aprender a escuchar las palabras que él usó, observar

cómo trataba a las personas, su forma de orar. Así descubriremos qué fue lo que tanto lo inspiró para actuar de ese modo atrayendo a tantos hacia sí.

Si él no es el criterio último, caemos en la tentación de estar viviendo una fe desfigurada, vacía, que se quedó en el culto y la devoción, como si estos fueran actos mágicos que sustituyen la relación personal con Dios y con el hermano. Una religión sin religación; un dios sin rostro. ¿Nos mueven aquellas palabras que Jesús aprendió desde niño: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy» (Dt 6,4-6)? Pero, ¿acaso recordamos que el mismo Jesús las relejó a la luz de la fraternidad, agregando: «... y amarás al prójimo [*próximo*] como a ti mismo» (Lc 10,27)? ¿O será que no hemos aprendido a buscar a Dios donde Jesús lo encontró: en cada otro, ese próximo a mí, mi hermano? Porque Jesús halló a Dios donde menos lo esperamos, ahí, en la fila de los olvidados, de los desesperanzados, entre aquellos que otros rechazaban por ser pecadores. Lo descubrió en los rostros de las viudas, los ciegos, los leprosos, los jóvenes; pero también en un centurión y en una mujer cananea, a los que algunos, que se creían piadosos y justos, acusaban de no tener fe. Entre todos ellos, a su lado, Jesús consiguió la compasión que Dios, su Padre, había tenido con él, y que entonces él traducía y compartía a través de sus palabras, gestos y padecimientos.

Tengamos presente en nuestras memorias ese recuerdo fresco que nos dejó Santiago inspirado en la praxis de Jesús: «Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: “Idos en paz, calentaos y hartaos”, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (Sant 2,15-17).

No podemos dejarnos encantar por el anhelo de un estilo de vida que puede brindarnos seguridad y bienestar

individual mientras, teniendo excedentes, vamos dando migajas a los demás de lo que nos sobra. Eso es del todo insuficiente; es la patente insuficiencia de lo humano. Es desde una entrega frágil, pero sin condiciones y total, reconociendo lo más propio e íntimo de cada uno, desde donde podemos vivir relaciones personalizadas que expresen nuestra filiación con el Padre bueno de los cielos. Estamos llamados a sacar lo mejor de nosotros mismos y a generar, en todo momento, solidaridades fraternas, relaciones de complementariedad y una potenciación de los dones de cada uno para servir, cada vez mejor, a los demás, tratándolos con la dignidad filial que se merecen.

## 2. Humanizar la vida, fraternizar las relaciones

Es muy fácil dejarnos seducir por el fin último y las metas que ofrecen ciertos estilos de vida o incluso que promueven algunos sistemas políticos, económicos o religiosos en la actualidad. Es posible que nuestras relaciones estén basadas en el interés respecto a personas o instituciones y no hayamos descubierto aún la experiencia de la gratuidad fraterna. Si queremos recuperar una humanidad que nos haga sentir de nuevo el talante de su frescura es urgente discernir la validez ética y la verdad moral de los medios que utilizamos y el modo como vivimos cotidianamente, así sabremos en qué tipo de sujetos nos estamos constituyendo.

¿Acaso discernimos el modo en que nos tratamos los unos a los otros? ¿Asumimos solo a unos pocos como nuestros «hermanos» mientras desechamos –personal, laboral y religiosamente– la vida de tantos otros? Debemos, pues, fijar el discernimiento que hagamos sobre aquello que nos lleve a ser verdadera y plenamente *humanos*, que consiste no en otra cosa que en procurar siempre la fraternidad, en actuar siempre con un corazón compasivo.

Podemos reconocer la veracidad de una determinada acción política, analizando si acierta respecto a los problemas reales de la sociedad o no. Incluso es posible formular un juicio sobre su eficiencia o no. También podemos dejarnos embriagar por ambientes y espacios religiosos en los que nos sentimos seguros, confortados ante los problemas que vivimos, como si la vida estuviera fuera de las iglesias y ámbitos religiosos, mientras que la fe y todo aquello que consuela, dentro. En tales escenarios tenemos que preguntarnos si estamos midiendo la altura de nuestra humanidad, si somos conscientes de su peso y trascendencia; si hemos sopesado las consecuencias del contenido de nuestra fe, teniendo como criterio la fe de Jesús, pues es en su humanidad donde se nos revela lo más pleno y verdadero para todo sujeto humano, más allá de las propias creencias o lugares de acción.

Las prácticas políticas, económicas o religiosas, así como el modo en que nos han educado en nuestras familias, no son moralmente válidos si promueven discursos y actitudes de desintegración social, exclusión de individuos o grupos y manipulación de conciencias, o si generan cultos idolátricos a personas, proclamándoles incluso una adhesión absoluta. Esto ocurre, por ejemplo, cuando una familia absolutiza la figura de los padres y no potencia ni promueve lo propio y distinto de cada uno de sus miembros. O cuando en la religión se escucha más la palabra de un ministro que la de Jesús, emanada de los evangelios. O al dejar la cuestión política en manos de líderes públicos a quienes les profesamos una obediencia casi absoluta sin ningún discernimiento ético propio, movidos solo por la conveniencia y la ambición que brotan del poder.

En todos estos espacios es donde medimos nuestro verdadero talante humano y lo que entendemos por fe. Como enseñó Jesús: «Uno es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8). Hay un solo Señor,

no dos o tres. Y la relación necesaria entre los seres humanos es la de la fraternidad y no la de súbditos leales o fieles ciegos. Cuando asumimos que todos somos hermanos, entonces no hay espacio para la exclusión –política, económica, familiar o religiosa– de ninguno, porque la humanidad de cada uno se juega, y así se sostiene y realiza, en la fraternidad solidaria y no violenta con los otros.

Todos somos hijos de Dios y hermanos unos de otros antes que hijos de una patria, compañeros de un régimen, miembros de una religión o integrantes de una determinada familia. En fin, para los cristianos «no hay griego ni judío; circuncisión ni incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos» (Col 3,11).

### 3. La compasión que nace de la fraternidad

Descubrir el talante fraterno como una realidad propia de la realización de cada sujeto pasa por iniciar un proceso de conversión o cambio de paradigma que nos lleve a despojarnos de actitudes y palabras excluyentes, fruto del maniqueísmo moral heredado que separa a justos y pecadores. Tal cambio obliga a entender al cristianismo no más como una religión del pecado, la culpa y la purificación, sino como un acontecimiento del Espíritu, que nos mueve a vivir con la misma compasión con la que Jesús lo hizo para ser tan bondadosos como el Dios que él proclamó: un Padre bueno y misericordioso que no exige sacrificios ni pide algo a cambio. No podemos hacer del cristianismo una religión sin religación, más sensible a la lógica del cumplimiento formal de ritos y preceptos que al dolor y el sufrimiento del otro, porque es en la relación con el rostro de cada otro, ese prójimo o próximo a mí, donde nos jugamos la salvación propia al iniciar un proceso de verdadera humanización.

Para entender este cambio de paradigma hay que buscar dónde discernieron las primeras comunidades la presencia de Jesús. Y revisar dónde la discernimos nosotros, si en los espacios personales del culto o en nuestras relaciones, entre los problemas cotidianos con los otros, los sufrientes, los dolientes. Según la comunidad mateana, los que se creían justos, fieles cumplidores de lo normado por la religión, fueron los que se preguntaron dónde estaba el Señor; no lo veían en la vida porque se aferraban a su presencia cultural. Ante esa realidad comienzan a discernir en torno a ese encuentro personal y actual con Jesús.

Podemos imaginar el momento en que esa comunidad se reunió para discernir estas cuestiones que definirían la práctica de su fe, y «los justos respondieron diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?”» (Mt 25,37-39). No creían que Jesús pudiera estar presente en el rostro del otro, del que sufre. Estaban desconcertados, porque leían su experiencia religiosa no desde la novedad del acontecimiento de la vida de Jesús, sino desde sus antiguas formas de practicar la religiosidad, esas que habían aprendido desde niños y que les costaba cambiar. La respuesta la encontraron solamente cuando hicieron memoria de la vida de Jesús en Galilea, recordando nuevamente sus acciones y meditando sus palabras: «Cuanto le hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Qué difícil es que entendamos que es en esta vida, en medio del entramado de nuestras relaciones cotidianas, donde se juega la propia trascendencia, y así la eternidad de nuestras vidas. Es aquí donde encontramos definitividad a nuestras historias de vida y sentido a nuestros interrogantes, aunque aún no haya plenitud, pues esta será en el Reino, junto al Padre. La consecuencia es clara,

labramos aquí y ahora nuestra propia muerte o vida eternas. Se comienza a morir o a vivir para la eternidad desde la densidad de este presente en el que vivimos. El rostro del otro carga con el peso de nuestras acciones y omisiones, de nuestros anhelos y fracasos; carga con la responsabilidad de haber recibido ese precioso, aunque frágil, tesoro de la fraternidad, que revela nuestra vocación de ser *guardianes de nuestros hermanos* (Gn 4,9). Vivamos con la esperanza de no tener que pasar por ese penoso y triste momento en el que nos tengan que decir: «Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis» (Mt 25,41-43.46).

Estamos a tiempo. Podemos vivir con la esperanza de querer cambiar y hacer todo lo posible para ser buenos y compasivos. Pero esto exige un compromiso personal con el desarrollo de todo el sujeto humano y de todos los sujetos, independientemente de su posición social, ideológica, económica, laboral o religiosa. No se trata de dar de comer a unos pocos mientras excluyo a muchos otros de mi vida, como tampoco de visitar a los que me son cercanos abandonando a los que no conozco. Menos aún de compartir y ser generoso solo con los que son afines a mi forma de pensar y ver la vida.

Se trata, pues, de ir tejiendo relaciones de entrega gratuita, movidas por la compasión fraterna, alimentadas de un espíritu solidario. De otro modo nunca se podrán practicar esos hermosos, aunque duros, consejos de Jesús: «Amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada a cambio» (Lc 6,27-28.35). ¿Alguien puede entender esta paradoja? Solo quien apuesta por la causa fraterna de Jesús, que es la del Reino, y se deja sorprender por sus frutos (1 Jn 2,4).

La compasión no es una mera simpatía emocional; menos aún se puede traducir como ese terrible sentimiento de tener lástima por alguien. La compasión es

hacer del dolor y del sufrimiento del otro, aun del culpable, una causa propia para tratar de comprenderlo y sanarlo; ponerse en lugar de aquel que se siente perjudicado, ofendido, herido, olvidado, juzgado. Es comprender la carga de quienes viven con desesperación día tras día. La compasión es una relación que debe llevarnos a que hagamos la vida de los demás un poco más ligera, porque comenzamos a compartir las cargas y colocamos a un lado esa triste actitud de descargarnos en los demás. En fin, es mirar a la realidad desde donde la ve el que más sufre y padece, para poder aprender a actuar con el propósito de sanarla.

Se trata de una actitud y un llamamiento que competen a todo el género humano, no solo a un determinado grupo de personas o a los creyentes. El Concilio Vaticano II lo expresó en términos de una relación de comunión que debe existir con los sujetos más afligidos y pobres de la sociedad, porque «el gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (*Gaudium et spes* 1). Pero no podemos ser entusiastas que desean un mundo mejor desde la comodidad de nuestros hogares u oficinas con la sola justificación de ser bienhechores o contribuyentes económicos. Si deseamos hacernos cargo de la realidad y sanarla, es preciso primero «conocer y comprender el mundo en que vivimos y sus esperanzas, sus aspiraciones, su modo de ser, frecuentemente dramático» (*Gaudium et spes* 4). Hay que tratar al que padece, al que sufre, al olvidado; al que llora porque está cansado de vivir o al que no encuentra un futuro cierto en su propia vida y se siente fracasado.

Esto implica, pues, *estar ahí*, con el otro, a su lado, para consolarlo, escucharlo, acompañarlo, compartir sus dolores, preocupaciones, ilusiones. Únicamente de este modo comenzará un proceso en cada uno de nosotros



que nos irá sacando de ese hechizo mortal que es el propio ensimismamiento, el acostumbramiento al propio rincón, a esa falsa seguridad desde donde no se puede ver la amplitud de la vida y sus inmensas posibilidades. Será necesario dejar de alimentar la indolencia y la desesperanza, y no seguir justificándonos bajo la sombra de la omisión o el desconocimiento de la realidad que nos circunda.

Regresar a Jesús de Nazaret significa discernir la realidad como él lo haría. Aceptar que Cristo es el centro y el sentido de la fe (*Mater et Magistra* 236ss), y no la Iglesia; que es la paz, y no el carrerismo, el poder o las ideologías, lo que hay que construir (*Pacem in Terris* 161ss) para encontrar la verdadera vocación. En fin, estamos llamados a «dar razones de esperanza» y «contribuir a la humanización de la familia humana» (*Gaudium et spes* 40), pues el futuro del cristiano no es la Iglesia, sino el Dios del Reino que se revela en Jesús. Y cuando él sea *todo en todos*, la Iglesia como institución y *mater convocans* cesará para que permanezca la *fraternitas convocata*, la verdadera fraternidad entre las hijas e hijos de Dios, más allá de todo sistema político, económico, religioso o de pertenencia familiar. El reto está, pues, en asumir que «es la persona humana la que hay que salvar, y es la sociedad humana la que hay que renovar» (*Gaudium et spes* 3). Creer, como lo hizo Jesús, que *quien vive de la compasión fraterna no está lejos del Reino de Dios, aunque esté lejos de la Iglesia o de la religión.*

## SER HONESTOS CON LA REALIDAD

### 1. El peso de la realidad

La desilusión, el desencanto, la desesperanza y la apatía, cuando aparecen, son signos que claman al cielo poniendo a prueba nuestra capacidad para creer y construir un mundo mejor. Muchas personas e instituciones, tanto sociopolíticas como religiosas, hablan de justicia social, económica y laboral, sin embargo son pocas las que ponen en práctica tal sistema de justicia, defraudando así el ánimo de tantos por una vida más llevadera.

Son muchos los discursos acerca de Dios que hablan del amor, la paciencia o la caridad, pero están enfocados de una forma tan individual que obvian la justicia y la veracidad de las propias acciones. Peor aún, carecen del peso del testimonio, de la credibilidad, porque quienes los pronuncian desvirtúan la recepción sapiencial y mística de los contenidos de la fe. Al ser proferidos transmiten una imagen distorsionada, incluso frustrante, de lo que es la espiritualidad cristiana, haciendo uso de palabras que se alimentan de la sombra del dualismo maniqueísta que divide a los que están dentro y los de fuera, los dueños y los súbditos o empleados, los representantes de Dios y los participantes de las celebraciones que estos presiden. Nuevamente estamos ante la tentación de una religión sin religación o, peor, sin sabiduría y mística. O ante instituciones que usan el trabajo como medio para el mero enriquecimiento o el propio beneficio, sin proveer espacio alguno para la realización

vocacional de las personas. En fin, no dan vida, sino que la quitan.

Necesitamos cambiar, reconocer que no existe otra relación fundante, constitutiva, que nos pueda devolver nuestra humanidad y la esperanza por una vida mejor que la de tratarnos unos a otros como hijos de un Padre bueno y hermanos que viven solidariamente entre sí. Todo lo demás es funcional, por tanto ha de estar movido por el servicio a la verdad y la práctica de la justicia. Esto implica un claro aprendizaje: coexistir sin excluir, vivir para dar vida y nunca para quitarla o frustrarla.

En la época de Jesús, así como en la nuestra, los grandes conflictos los han originado personas que participan de algún credo religioso o adhesión ideológica. Jesús, por el contrario, nunca miró la condición moral, religiosa o política de las personas para luego aceptarlas. Le dicen: «Maestro, sabemos que eres veraz y que no te importa la categoría de la gente, porque no miras la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios» (Mc 12,14). Precisamente porque no cede ante los prejuicios morales o ideológicos, por eso puede vivir una vida que incluye a todos por igual, sin pisos que separen, sin jerarquías que se impongan; una vida llana movida por la unión fraterna, aun siendo, como es, vivida desde la intemperie de la propia existencia.

En el siglo I la vida no era fácil, como tampoco lo es hoy en día para la gran mayoría de quienes habitamos en esta tierra. Muchos iban a las plazas a sortear un día de trabajo (Mt 20,1) y había hambre, como se vio en aquel «pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas» (Lc 16,19-21). Así como en nuestros días, en el primer siglo la indolencia crecía, pero Jesús no quería ser como el que a medianoche acudió

a uno y le dijo: «Préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle», y aquel, desde dentro, le respondió: “No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos”» (Lc 11,5-7). Él reconoció con honestidad el deterioro ético y social que se vivía en la ciudad y lloró por ello: ¿hasta dónde llega la indolencia?, ¿no quieren la paz? (Lc 19,41-42). Al final son los líderes quienes no aceptan su propuesta y lo matan.

Un estilo de vida así, como el de Jesús, causa malestar, especialmente entre muchas personas religiosas, que no entienden el camino del perdón gratuito y de la acogida fraterna, como lo expresa Lucas: «Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”» (Lc 15,1-2). También causa malestar en las empresas y lugares de trabajo. Jesús no cede ante el rumor de las personas que lo criticaban, pero se conmueve al encontrarse con un corazón compasivo (Lc 10,36-37), un corazón al que le doliera lo que estaba sucediendo a su alrededor y tuviera voluntad de apostar por una vida trascendente que no se dejara consumir por la tentación de la indolencia (Lc 18,18). Lo conmovía encontrar a alguien que quisiera cambiar, ser bueno.

Él mismo fue capaz de transformar su propia manera de ver la vida al encontrar personas que vivían con esperanza, a pesar de las cargas que soportaban. Buscó devolverles el deseo de vivir, ofrecerles inspiración para emprender de nuevo la vida. Se dejó sorprender por la fe de una mujer que otros consideraban perdida (Mt 15,28) y entregó su vida a pobres, a excluidos, que sí creyeron en el camino de la justicia. Por eso pronunció esa frase tan aguda y llena de amor a la vez que debe resonar nuevamente en nuestras vidas: «En verdad os digo que los publicanos y las rameran llegan antes que vosotros

al Reino de Dios» (Mt 21,31), a diferencia de sacerdotes y políticos (Lc 20,19), que convenían en la violencia y el autoritarismo (Lc 9,54), frustrando la vida de tantas personas al actuar como ciegos que guían a otros ciegos. Estos, los representantes religiosos, eran los que se escandalizaban de lo que Jesús hacía: «Entonces se acercan los discípulos y le dicen: “¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tu palabra?”» (Mt 15,12).

En ese contexto complejo de anhelos de cambio, Jesús predicó la justicia social por la vía de la paz, de la solidaridad fraterna (Mt 5,6), y desabsolutizó las normas religiosas y de pureza moral. Enseñó que cada uno debía relacionarse personalmente con Dios, sin intermediarios, porque el «sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27). Aunque Jesús siempre procuró un cambio social, nunca apoyó la vía de una revolución política o una reforma religiosa; él entendió que el único camino era el de la paz, y que solo al sembrarla se conseguiría, como lo habían dicho los profetas anteriores (Zac 8,12): «Porque hay simiente de paz: la vid dará su fruto, la tierra dará su producto y los cielos darán su rocío...». Una paz que debía comenzar sanando los corazones de cada persona para que no alojaran odio ni rencor. Aún más, de esto dependería nuestro propio crecimiento humano, la fidelidad a nuestra condición de hijos de Dios. Estaba en juego nuestra felicidad. Por eso no tuvo reservas al proclamar: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Es así como analizó la realidad sin el filtro de la religión o la política. Quiso imitar a un Dios cuya paternidad era buena: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lc 6,36). ¿Era posible alcanzar un estilo de vida así, como el suyo, o se trataba apenas de un ideal para unos pocos? En las palabras de los profetas, Jesús iba descubriendo que su éxito o no dependería de reconocer, primero, y compadecerse del peso de la realidad

que vivía su pueblo, así como del talante humano de las personas que iba encontrando en su camino. Sabía que «algo espantoso ha ocurrido en este país, y el pueblo tan campante» (Jr 5,30-31), y que «la maldad no tenía límites» (Jr 5,28). Se preguntaba: «... ¿es que acaso no buscan tus ojos la verdad?» (Jr 5,3), «no ves que el salario no alcanza para subsistir» y la «inseguridad reina» (Zac 8,10). Nos queda una gran tarea por delante: ¿sabremos discernir lo que sucede a nuestro alrededor (Lc 12,56-57)?

Los cambios no se producen si no se generan relaciones de inclusión inspiradas en la compasión fraterna. Jesús lo fue haciendo mediante la práctica de banquetes; no solamente para compartir comida, sino para enseñar a sentar en una misma mesa a aquellos que no se trataban, porque en el rostro del otro, y lo que se hiciera por su desarrollo social, se jugaba el futuro de todos. No seamos como el rico, que no distinguió al pobre Lázaro y, cuando murió, su indolencia lo llevó a que no fuera reconocido como sujeto, porque había perdido su humanidad.

## 2. Cambiar para dar vida

A veces olvidamos cómo pudo Jesús soportar tantas situaciones cargadas de violencia, de desesperanza; él sintió el peso de una realidad socioeconómicamente fracturada y padeció las consecuencias de la violencia política y religiosa. Sabía que «los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo prenderle con engaño y martarle» (Mc 14,1). ¿Era posible cambiar y hacer de este mundo algo mejor en esas circunstancias? Jesús nunca dejó de creer que había que convertir esta tierra en como era en el cielo (Mt 6,10), para gozar de la calidad de vida que existía en el Reino de Dios (Lc 11,2). Resultará asombroso, pero esta esperanza simbólica provenía de una profunda relación con Dios y de un auténtico servicio

a los pobres, las víctimas, los enfermos y tantas personas cansadas de luchar en esta vida.

Mientras representantes políticos y religiosos, familias, terratenientes y muchas personas de poder solo ponían cargas pesadas de llevar, que asfixiaban y frustraban las esperanzas de los humildes, este individuo de Nazaret viene a invitarnos a que nos asumamos como hombres y mujeres de espíritu, es decir, como sujetos que apuestan por construir espacios para que otros puedan estar presentes en sus pensamientos, oraciones, acciones; viene a invitarnos para que el desgaste, el agobio y la extenuación, que consumen nuestra voluntad y entendimiento, no sean obstáculos para descubrir que quien está delante de nosotros es un hermano, un auténtico tesoro, un bien del Padre eterno. Viene a invitarnos a que cambiemos, que todo lo que hagamos con nuestras fuerzas, pensamientos y palabras dé calidad de vida y razones para seguir viviendo a cada uno de quienes encontremos en nuestro camino, así como él lo hizo por toda Galilea.

Solo de esta forma surgirá ese impulso vital que levante nuestros recipientes de barro (2 Cor 4,7), la desesperanza y el desaliento, y permita avizorar un futuro donde comencemos a humanizarnos en el encuentro con el otro a partir del servicio fraterno recíproco, para que cada persona pueda poner sus bienes más preciados en favor de la causa del prójimo. Entonces lo que era una carga ya no pesará, porque no la llevaremos solos, sino en el servicio y apoyo recíprocos, de modo que pensemos, oremos y busquemos soluciones juntos, como hermanos, y dejemos de tratarnos como enemigos o desconocidos.

Hacer las cosas como Jesús las hizo no es algo exclusivo de los cristianos. Su opción de vida es patrimonio de todos y su estilo es paradigma de humanidad, porque nos da a conocer el modo más humano de ser, algo que no se alcanza, como propugnan algunos credos o filoso-

fías, mediante el vacío absoluto del propio ser o por la superación de pensamientos negativos ni distanciándonos de supuestos pecadores. Tampoco se llega a ello a través de la ilusa creencia de trascender lo inmediato y no mirar lo que sucede en nuestro entorno. Es un estilo de vida que, al medirse por la fuerza de su humanidad, se convierte en nuestra medida y parámetro para ser felices, para alcanzar las bienaventuranzas. Porque el cristianismo, así entendido, no es la religión del pecado y la culpa, sino de la bienaventuranza, de la compasión fraterna.

Una vida que sigue el ejemplo de Jesús pasa por asumir el presente histórico como una realidad escatológica, es decir, capaz de construir relaciones trascendentes que nos afirmen y autodeterminen como sujetos verdaderamente humanos; pasa por la recreación de nuestras palabras y relaciones, incluyendo en ellas lo que se vive, piensa y padece, de modo tal que se entienda que la libertad de uno se juega en el rostro de ese «cada otro» ante mí, con sus dolencias y carencias, con sus riquezas y potencialidades, con su salud o enfermedad, porque es, para siempre, mi hermano; pasa por el discernimiento de las propias opciones de vida que se debaten en medio de la cotidianidad del trabajo o el esparcimiento, donde se unen o no, como un todo integral que nos hace sujetos, la vida y la fe, la esperanza y el amor solidario, la ilusión y la voluntad, los proyectos y nuestra vocación. En fin, todo esto va tejiendo nuestra forma de ser, el carácter de cada uno, la impronta de la personalidad que nos identifica, el talante místico que profesamos.

No se trata de cambiar para ser solamente mejores, en función de los éxitos o fracasos personales o profesionales. Se cambia para ser buenos y crecer en humanidad, para aprender que en todo lo que hagamos debemos comunicar vida, lo que equivale a vivir con compasión para poder dar esperanza al caído y afligido.



No es una tarea fácil, como tampoco agradable, pero es ahí donde debemos poner los ojos y la meta que alcanzar, porque es ahí, y de ese modo, como sabremos si estamos a la altura de nuestra humanidad, si seremos capaces de responder ante los desafiantes signos de los tiempos.

Jesús nos enseña que tenemos que aprender a ver y escuchar de nuevo, y abrirnos a una mística de la compasión que nos permita percibir en aquellos que sufren lo que está detrás de sus rostros, esas historias de vida frágiles, heridas, para alentarles, devolverles su lugar en este mundo y las ganas de vivir. No se trata de creernos justificados por medio de las obras de piedad o la caridad practicada. En la humanidad de Jesús se nos revela que no somos responsables solo de lo que hacemos o de lo que dejamos de hacer, sino que ante todo somos responsables por lo que le suceda al hermano, es decir, por lo que permitimos –por indolencia o indiferencia– que pase cuando alguien pretende convertir a otro en su víctima, humillando su dignidad filial, maltratando su cuerpo y espíritu. Cambiar, convertirnos, debe ser fruto de querer ser más buenos, mejores personas, capaces de defender la vida y conseguir que nada le impida al otro, al más vulnerable, al más afligido, crecer, desarrollarse, en plena libertad, hasta alcanzar la bienaventuranza. Se trata, pues, de apostar por la verdad y hacer valer la justicia, para que en nuestra realidad podamos vivir la hermosa experiencia del camino que nos lleve a humanizar esta tierra y que nunca perdamos la esperanza de que así será en el cielo.

### **3. La compasión antes que el arrepentimiento**

Una de las acciones que más impactó a los seguidores de Jesús fue percatarse de cómo él aprendió a cargar con el rostro del que sufre, acogiéndolo con acciones concretas

a pecadores, enfermos, despreciados, olvidados, prostitutas y tantos otros marginados por el sistema religioso y sociopolítico del siglo I. Su clave fue la «compasión», esa actitud que hemos desdeñado en la práctica social y política, y aún más en la religiosa. Jesús miraba a los otros sintiendo esa forma de amar que se traduce en compasión fraterna al solidarizarse con los padecimientos de los demás. Era algo espontáneo que brotaba de su estilo de vida; como ocurrió un día en que, «al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas» (Mc 6,34). A diferencia de muchos ayer y hoy, Jesús entendía que el verdadero pecado estaba en la falta de compasión, fruto de quien está deshumanizado hasta el extremo de hacer de la indolencia una rutina más, una forma de actuar y pensar, sin importarle el futuro ni el bien de las personas.

Jesús no miraba los pecados o las culpas de la gente; no trataba a nadie de acuerdo a su estado de pureza o santidad. Él se acercaba al otro en su dolor, padecía el sufrimiento ajeno como propio, de este modo se hacía cercano al prójimo haciéndolo próximo a él. Era él quien tomaba la iniciativa y se aproximaba al otro sin esperar a que este se le juntara. Con esto Jesús simboliza que el encuentro con Dios se consuma en el encuentro con el otro, en el rostro del otro, que en su historia de vida está presente la densidad de la vida, el impulso de la salvación. Por eso la pasión de Dios por la humanidad se realiza y expresa, de forma concreta, en la pasión con la que nos tratamos los unos a los otros, aprendiendo a compartir la carga del dolor para hacer esta vida un poco más ligera.

Pero «vivir compasivamente» tiene consecuencias. Jesús no pedía primero el arrepentimiento del pecador ni su conversión para luego decirle que Dios lo ama; él se le acercaba a cada uno, aun corriendo el riesgo de que otros hablaran mal de él por comer siempre con pecado-

res y publicanos (Mc 2,16). No hacía caso si lo consideraban impuro por no seguir las prácticas religiosas convencionales. Jesús había entendido lo esencial en toda religión con Dios y con los demás: «No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal. Id, pues, a aprender qué significa aquello de *misericordia quiero, y no sacrificio*. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,12-13). Su inmenso amor estaba puesto en la misericordia.

¿Qué hacía Jesús que era capaz de llegar al corazón de las personas y sanar su realidad más íntima y secreta? Estaba con ellas sin avergonzarse, haciendo caso omiso de los que murmuraban (Lc 5,30). No las purificaba, porque no era sacerdote, y tampoco les exigía prácticas penitenciales, porque no era escriba ni fariseo. Simplemente las perdonaba (Lc 7,48; Jn 8,1-11) con la autoridad de quien ama compasivamente, porque, para él, perdonar no consistía en ponerse como juez delante de ellas hasta que confesaran sus culpas. El perdón era el acto más religioso que podía existir, pues devolvía la vida al pecador, le hacía sentir que era amado por Dios, que su vida tenía un valor inmenso y aún debía dar mucho a los demás.

El perdón era un acontecimiento absolutamente gratuito que tocaba lo más hondo y real de cada ser humano. Así se lo hacía saber al abatido para que se levantara y volviera a vivir: «Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra» (Lc 7,47). Este acto de gracia solidaria devolvía la alegría de vivir y la posibilidad de confiar en las potencialidades que otros, erigiéndose en jueces, les habían negado a pobres o enfermos al excluirlos de oficios sociopolíticos y prácticas religiosas. En Jesús encontraban a alguien que compartía sus dolencias, sufrimientos, esperanzas y anhelos; uno que disfrutaba de su compañía y nunca les insultaba. Uno que hacía accesi-

ble el misterio divino en la cercanía de la sanación del corazón y la lucha por la causa de la justicia, que es la causa en favor del pobre, del enfermo, de la víctima. Jesús era uno que apostaba por el futuro de aquellos que vivían bajo el peso de la angustia porque no podían presentir un mañana.

¿Qué veía la gente en Jesús que era tan novedoso y llamativo? A diferencia de muchos políticos y religiosos, que suelen hacer del maltrato una práctica normal, Jesús vivió «llevando nuestras enfermedades y cargando con nuestros dolores» (Is 53,4). Eso significa que entregó su vida a los más vulnerables de la sociedad, ocupándose de devolverles la dignidad que les habían negado quienes creían interpretar la voluntad divina (Mc 2,17; Lc 20,45-47). Incluso llegó a decir que los publicanos, que eran los colaboracionistas del poder romano, y las prostitutas, que habían sido excluidas de los ritos religiosos, todos ellos *creyeron* (Mt 21,32), mientras que los líderes políticos y religiosos, así como algunos de sus seguidores, «no tenían fe».

Jesús reconoció que sujetos considerados «ateos», como el centurión, tenían una fe mayor que muchos creyentes. Y sin pena alguna lo declaró: «Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande» (Lc 7,6-10). Ellos, los rechazados, excluidos, prostitutas, ateos y pecadores en general son los que «llegarán antes al Reino de Dios» (Mt 21,31), y no «muchos que se tienen por justos y desprecian a los demás» (Lc 18,9).

Para Jesús, la fe no nace, pues, en el culto o en determinados espacios que consideramos como sagrados, sino en la compasión fraterna, que tiene por modelo a Dios, su Padre, cuyo corazón materno le cambia la vida a cualquiera. Por ello, según la práctica de Jesús, la fe habita en cualquier persona, incluso entre ateos o pecadores, porque la misma trasciende a toda religión e ideología; se ancla en nuestro modo de ser humanos y según el espíritu con el que vivimos el entramado de